

para colarme. Y además había expertos en pegar entradas.

En los cocheros de la estación de Cuenca fumabas colillas en grupo, así se formó tu generación —toda una generación—. ¿Qué deja esta formación?

R.: Fumábamos colillas porque es lo único que podías fumar. Ya me contarás tú si con doce o trece años en Cuenca y sin dinero, no sé lo que ibas a fumar. Pero deja un recuerdo un poco triste, un poco amargo, aunque lleno de una experiencia que da el infortunio; y un poso agrídulce, ya que tampoco recuerdo mi infancia como una cosa terrible y trágica, no, yo lo pasé mal y lo pasé bien, los chavales nos divertíamos con nuestros juegos, aún cuando fueran juguetes pobres...

Y luego alternabas un poco con la élite conquense que es bastante conservadora... (José Luis no me deja terminar la pregunta).

R.: No, no es cierto, yo no alternaba con la élite, porque yo no era admitido entre la élite, porque yo no era nadie ni conocido, ni rico, ni millonario ni nada; al contrario, muchas veces me han echado cuando iba al Casino de la Constancia con dieciocho o diecinueve años, y me echaban, «que no era socio, que no podía entrar». Y no, yo alternaba con mis amigos que eran de mi posición, pues con Pedro Bonilla, con Adolfo Collada, con mi amigo Luis Cañas López, con Paco Huertas, con Paco Guerras, una pandilla que me dura todavía la amistad. Pero no había ninguna élite.

Has dicho que eres de Cuenca «cosa que muy poca gente puede decir. Inmediatamente me di cuenta de que esto no tenía buen cariz». ¿Qué pasa en Cuenca?

R.: Eso lo digo al nacer, en cuanto nací me di cuenta de que esto no me gustaba demasiado, ya tenía yo unas horas —había nacido cinco o seis horas—, y ya me di cuenta de que esto no me gustaba mucho.

¿Qué subsiste en ti —si hay algo— de Cuenca?

R.: Existe todo. Porque yo soy un hombre que siempre he presumido (lo dice con énfasis) de ser conquense, que jamás lo he negado, que jamás lo he ocultado, al revés, me lo he puesto como una medalla, y yo inventé el slogan «yo soy de Cuenca», cosa que muy poca gente puede decir, y tengo la boca seca, y hasta con —digamos— agujetas de decir que soy conquense, y lo diré siempre. Aunque a algunos les hayan molestado cosas de mi libro, será gente que es que no sabe leer, tendrán que apren-

der a leer; pero mi amor por Cuenca es manifiesto y sostenido durante toda mi vida. Y conste una cosa: que a mí Cuenca no me ha regalado nada.

Eres un virtuoso del billar; me han contado que tu academia fue «La churrería del tío Santos», ¿te gustaba más ganar entonces o ahora con el presidente?

R.: Exactamente, en «la churrería del tío Santos» es donde yo me dejé gran cantidad de dinero, porque vendía los libros de estudio, y vendía sacos, y vendía hierros para jugar al billar, y claro era una lucha porque el que perdía pegaba, y una hora de billar me parece que costaba dos pesetas o tres, y dos pesetas era una fortuna para nosotros. Y ahora lo que pasa es que juego al billar pero en otra dimensión, voy a la Federación y juego con gente muy cualificada, que además me ha enseñado muchísimo, he aprendido digamos que en un año y medio, pues más que en treinta. Pero «la churrería del tío Santos» sí, sí, era nuestro santuario, y jugábamos al billar, jugábamos al dominó, jugábamos a las cartas...

Y ahora juegas con Felipe González.

R.: Sí, casi todos los domingos.

César González Ruano creo veraneaba en el hocino de Federico Muelas, ¿tuviste alguna relación con Federico?

R.: Con Federico Muelas teníamos una amistad porque era el poeta local y el cronista oficial. Y no es verdad que César González Ruano veraneara en el hocino de Federico, porque a César le regaló o le vendió —como queramos llamarlo— una casa en la calle de San Pedro el



«¿Y si no quiere que lo maten?». La política de Coll es «primacía de la libertad individual

Ayuntamiento de Cuenca, y él trasladó todos sus principales cuadros y libros, y tenía su casa en Cuenca.

¿Y eran amigos?

R.: Sí, eran muy amigos. Fue cuando conocí a César en el año cincuenta y cinco, y luego en enero del cincuenta y seis cuando me vine con él a Madrid, me presentó una cantidad de gentes muy importantes como fueron Mingote y Alvaro de la Iglesia, y etc., etc.

En Cuenca vives veinticinco años, allí trabajas en Abastos, escribes en Ofensiva, apareces en Radio Nacional local, ¿qué te hace venir a Madrid?

R.: El que César cuando leyó algunas cosas mías le gustaron, y dijo «hombre si tú quieres hacer una carrera de escritor comprenderás que no puedes hacerla desde Cuenca. Hay que irse a Madrid que es donde están los periódicos importantes, y las revistas importantes, y donde un profesional se tiene que consagrar», y todo lo que no sea Madrid... no es —vamos— ni siquiera Barcelona o Valencia, máxime una ciudad tan pequeña como Cuenca. Y bajo su patrocinio me vine, y realmente un enorme porcentaje de lo que yo pueda ser hoy, se lo debo a él.

En tu último libro expresas: «Y yo me repetía 'primacía de la libertad individual'». ¿Resume esto algo tu política?

R.: Sí, porque es la idea de lo que es un liberal. Y yo por supuesto tengo una idea totalmente ligada al liberalismo. Creo que el hombre debe ser liberal en el sentido de libre, porque no concibo que nadie diga: «yo quiero ser esclavo», lo lógico es que la gente diga que quiere ser libre, y pensar como quiera, y poderlo decir, o sea, que en ese sentido totalmente claro.

Me atrevo a sugerirle que me hable de política.

R.: Yo no tengo ningún carnet ni ninguna insignia de ningún partido, pero dentro de todo el espectro político estoy más cerca del socialismo, yo soy del centro izquierda, porque tampoco me gustan los extremos, nunca sería ni de ultraderecha ni de ultraizquierda. Creo que la cosa está en el equilibrio, aunque te escores un poco hacia un lado, entonces mi ligera inclinación está hacia la izquierda, por supuesto.

¿Por sentido de la justicia, la libertad...?

R.: Bueno, es mi forma de ver la vida, creo que hay más sentido de la libertad, que estás más cerca de la gente que le hace falta una ayuda moral. Es un concepto completamente intelectual, no sé por qué,